No hace mucho tiempo, en un reino no muy lejano, un granjero regresaba a casa del mercado con un carro lleno de paja.

El granjero era tan pobre que no tenía caballo y tenía que tirar él mismo de su carro.

En la parte de atrás del carro iba una pequeña cerdita rosa.

Nadie había querido comprar la cerdita en el mercado, pero al granjero le había dado pena.

–Te llamaré Cochinela –decidió, ya que le pareció un buen nombre para una cerdita.

Era un día muy caluroso y el granjero se detuvo a descansar a la sombra de un gran castillo. Arriba, muy arriba, en un alto balcón, una reina estaba examinando a su hija recién nacida.

La reina era tan rica que tenía **siete** niñeras y no tenía que preocuparse de cuidar ella a su hija.

La reina cogió al bebé de su cuna
y lo sostuvo a cierta distancia.

–Te llamaré Clarinela –decidió,
ya que le pareció un buen
nombre para una princesa.

Un momento después, un sonido sordo y húmedo se escapó del pañal del bebé, seguido de un olor horrible.

–¡Puaj! –chilló la reina, soltando a Clarinela y corriendo en busca de las niñeras reales.

Se alejó tan rápido que no se dio cuenta de que había dejado caer a la niña…

¡...desde el balcón!

¡Abajo

abajo

abajo

cayó el bebé

en el carro
del granjero!

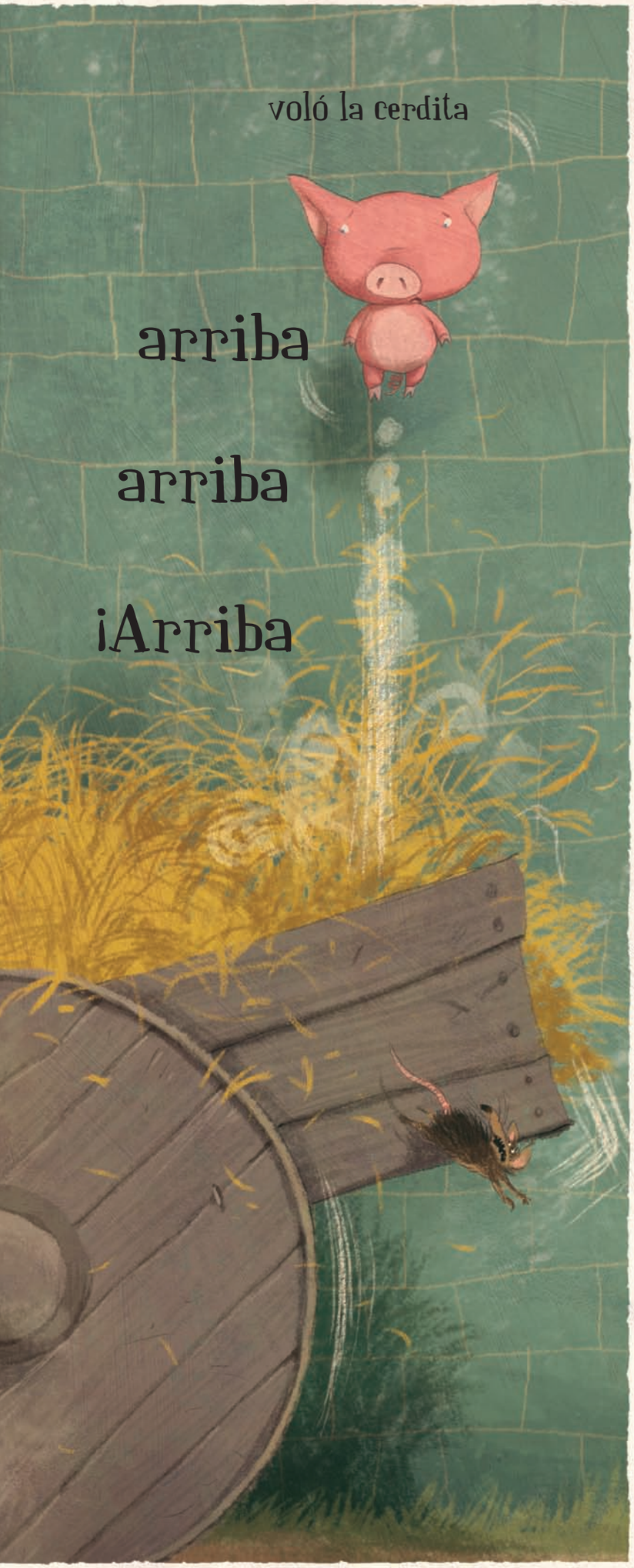
voló la cerdita

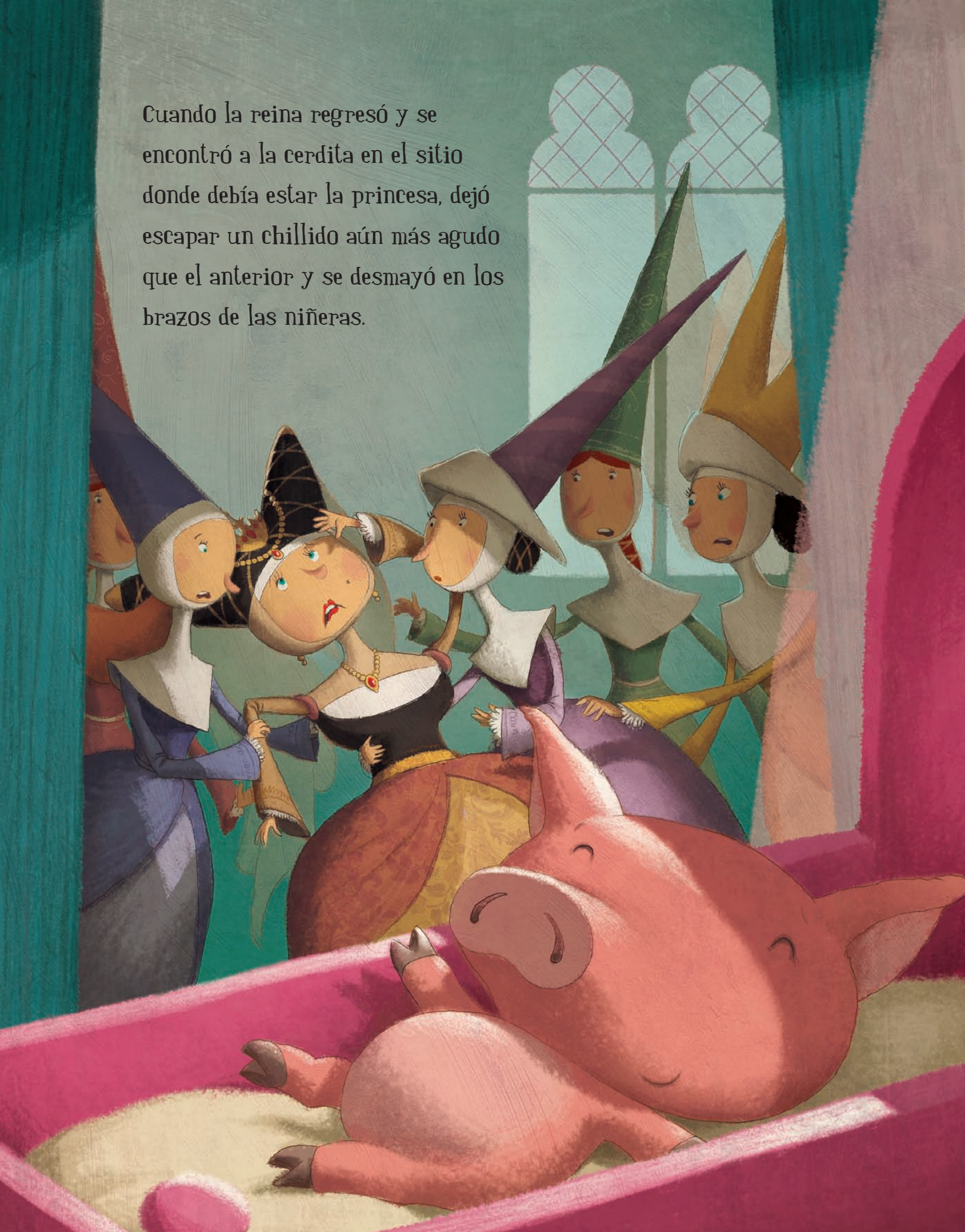
arriba

arriba

¡Arriba

hasta la cuna de la princesa!





Cuando la reina regresó y se encontró a la cerdita en el sitio donde debía estar la princesa, dejó escapar un chillido aún más agudo que el anterior y se desmayó en los brazos de las niñeras.